

**HACIA UNA CARTOGRAFÍA DE NARRATIVAS QUE
FICCIONALIZAN Y REPRESENTAN LAS HUELGAS Y
MASACRES OCURRIDAS EN CHILE (1940-2020)**

TOWARDS A CARTOGRAPHY OF NARRATIVES THAT
FICTIONALIZE AND REPRESENT THE STRIKES AND MASSACRES
THAT OCCURRED IN CHILE (1940-2020)

CRISTIAN IGNACIO VIDAL BARRÍA

Universidad de los Lagos, Osorno/ Ceder, Osorno
Chile
cristian.vidal@ulagos.cl

Como resultado de los diversos estudios e investigaciones en el campo de la literatura chilena he constatado la presencia de numerosas novelas que en el siglo xx y xxi han volcado su mirada hacia el pasado, hacia las diversas matanzas que, a manos del ejército, han ocurrido en Chile. Si bien estas matanzas datan desde finales del siglo xix y se extienden por todo el siglo xx republicano (al *modus operandis* de una masacre), su momento más álgido es en las primeras décadas del mentado siglo. Este ha sido solo el punto inicial para confirmar, después de exhaustivas indagaciones, que entre la década de 1940 del siglo xx y las primeras dos décadas del siglo xxi existen una veintena de novelas que se han dado a la empresa de reescribir esta parte de la historia del país. Dicha tendencia ficcional, como vemos, no es un fenómeno aislado y como corpus literario no ha sido abordado en los estudios críticos de la literatura nacional; al menos no como una colectividad. La propuesta de una cartografía reviste de novedad científica el análisis de un corpus literario que al abrir una veta de estudio permite ampliar el conocimiento en diversos planos, a saber: literario, cultural, social e histórico. En ese sentido, lo más trascendente es que al instalar esta línea de estudio en el marco de la literatura chilena se descubre y se vislumbra

tempranamente un interés discursivo de la literatura por reclamar la hegemonía de la construcción textual del pasado, anticipándose a los momentos de mayor auge respecto a este fenómeno que recién se verá, a nivel hispanoamericano, en las últimas tres décadas del siglo veinte por medio de la llamada nueva novela histórica (Aínsa, 1991).

En la relación entre el ámbito literario y cultural las novelas que son objeto de estudio releen y reinterpretan la historia y la identidad de la nación. Si bien este abordaje no es nuevo y existen algunos estudios que identifican, con mucho acierto, la relación novela/nación (Álvarez, 2009), texto/nación (Barraza, 2015) o identidad/nación (Kottow y Massmann, 2015), no se ha realizado desde la perspectiva de la tragedia y el trauma histórico que provocaron las matanzas y masacres. Dicho abordaje ilumina la interpretación por medio de la literatura del devenir de la sociedad, la construcción del discurso histórico y la noción de identidad y cultura que se ha querido forjar; la que se debe nutrir de una memoria histórica no solo gloriosa —la memoria de las matanzas y masacres en Chile— que opera como un tejido textual y un patrimonio cultural que emerge desde diferentes discursividades, entre ellas la literatura. Finalmente, para el ámbito social e histórico la literatura da luces respecto a los antecedentes de fenómenos como las huelgas, la articulación política, y las demandas sociales y laborales, con ello permite ampliar la decodificación e interpretación de dichos fenómenos, lo que genera un espacio fructífero de conocimiento respecto a la trascendencia de los imaginarios ficcionales e históricos en la sociedad.

La cantidad de novelas, conforme al periodo señalado del que se ocupa esta cartografía, no se podría comparar —por ejemplo, como lo ha revisado Grinor Rojo— con las más de ciento cincuenta que se han escrito en y sobre la dictadura y posdictadura chilena, pero sí resulta revelador en un camino distinto: preguntarse sobre la insistencia de la literatura por volver, cada cierto tiempo, a visitar estos sucesos que se ven cada vez más lejanos en el pasado. Es en el contexto de este fenómeno en el que he identificado, inicialmente, tres problemas: 1) la ausencia de estudios que abarquen de manera conjunta o colectiva estas producciones literarias que mantienen en común, de modo general, la referencia a un tipo de acontecimiento histórico, a saber, las masacres ocurridas en Chile en la primera mitad del siglo xx. 2) Un escaso cuestionamiento crítico respecto a las motivaciones, o situaciones, que accionan la reescritura y revisión de estas masacres en

diferentes periodos históricos, desde mediados del siglo xx hasta la segunda década del siglo xxi. 3) La ausencia de un análisis que, por medio de diversas propuestas estéticas, indague en la relación de la violencia y la historia en el caso específico de los hechos a los que se hace referencia en estas novelas. Dicho análisis sería revelador para interpretar los discursos latentes, los proyectos estéticos y la relación literatura/política que exponen estas novelas al querer representar o figurar las masacres de comienzos del siglo xx por medio de la ficción.

Las matanzas a las que me refiero, y que en gran parte están precedidas por huelgas, son las siguientes: Mitin de la carne en Santiago en 1905, Matanza de la escuela Santa María de Iquique en 1907, Masacre de Marusia en 1925, Matanza de Ránquil en 1934 y la Matanza del Seguro Obrero en 1938. Son estos acontecimientos, de índole trágica, los que nutren un corpus literario que se extiende desde la década del cuarenta del siglo xx y hasta la actualidad. Ordenadas según el año de publicación, las novelas del corpus son las siguientes: *Ránquil. La Novela de la Tierra* (1942) de Reynaldo Lomboy, *Norte Grande* (1944) de Andrés Sabella, *La luz viene del mar* (1951) de Nicomedes Guzmán, *Hijo del Salitre* (1952) de Volodia Teitelboim, *Se-senta muertos en la escalera* (1953) de Carlos Droguett, *Caliche* (1954) y *Los pampinos* (1956) de Luis González, *Mañana los guerreros* (1964) de Fernando Alegría, *El rumor de la batalla* (1964) de Luis Enrique Délano, *A la sombra de los días* (1965) de Guillermo Atías, *Actas de Marusia* (1974), *Actas del Alto Bío-Bío* (1985), *Actas de Muerteputa* (1988) y *Memorial de la noche* (1998) de Patricio Manns, *Matar a los viejos* (2001) de Carlos Droguett, *Mapocho* (2002) de Nona Fernández, *Santa María de las flores negras* (2002) de Hernán Rivera, *Alto Hospicio* de Rodrigo Ramos (2009), *Carne y Jacintos* (2010) y *Apache* (2014) de Antonio Gil y *Santa María de Iquique. La muerte de la República* (2017) de Carlos Tromben.

¿Por qué estas matanzas? ¿Por qué estas novelas? Conforme a la noción de matanza/masacre, son estos sucesos los que, de manera predilecta, han sido objeto de interés en las obras literarias que configuran el corpus recién expuesto. En principio se podría esbozar que fueron estas matanzas las de mayor impacto en su contexto, las que tuvieron los mayores saldos mortuorios o las que simbolizan con mayor pericia un determinado conflicto. Lo evidente es que en su conjunto todas ellas se concentran en periodo más álgido de huelgas, la primera mitad del siglo xx, y que, como vemos, devi-

nieron en masacres. Además, desde una mirada espacial, son elocuentes en simbolizar geográficamente el norte, el centro y el sur del país. Alrededor de estas cinco matanzas orbitan muchas más, antes de 1905 y después de 1938, como la matanza de Plaza Colón y de la Coruña, en el norte de Chile, o la de Forrahue y de Pampa Irigoín, en el sur de Chile, por nombrar algunas. Se puede añadir que alrededor de esta cartografía narrativa también existen manifestaciones poéticas, obras inconclusas y géneros referenciales que vieron en las masacres una tragedia que era necesario representar o figurar y no dejar en el olvido. Entre esas manifestaciones se puede nombrar la novela inconclusa de Baldomero Lillo o los versos de Francisco Pezoa sobre la Matanza de Santa María de Iquique o el libro-testimonio *Forrahue. Matanza de 1912* del escritor mapuche Bernardo Colipán y la comunidad indígena de Forrahue.

De todos modos, y si bien es elocuente, la sola conformación de un corpus o una cartografía no revela de suyo los aspectos más relevantes, pero sí deja al descubierto inicialmente que estos acontecimientos no fueron aislados, sino sistemáticos, y que los discursos oficiales durante décadas no han prestado la atención suficiente que requiere un fenómeno como este. Un fenómeno que inaugura un siglo xx que, a diferencia del fundacional siglo xix, parece ser el anuncio de un periodo trágico. También demuestra que otro tipo de textualidades, distintas a la de la historia, se han interesado por narrar, representar, ficcionalizar o figurar estos funestos acontecimientos y que dicho interés no claudica con el paso del tiempo, pero sí adquiere nuevas formas de acercarse al evento. La crítica literaria, tanto de Chile como del extranjero, se ha ocupado de revisar algunas de estas novelas desde su particularidad, generando un valioso marco crítico que permite insertar a estas novelas en determinados periodos o clasificaciones, ya sean estéticas o discursivas, como lo ha hecho Antonia Viu (2007) en *Imaginar el pasado decir el presente...*, estudio en el cual la investigadora propone un tipo de novela “memorial” en el que estarían incluidas las novelas *Santa María de las flores negras* (2002) de Hernán Rivera o *Memorial de la noche* (1998) de Patricio Manns. O las novelas que se ocupan de las masacres en el norte y que, en los trabajos de Mauricio Ostría (2005, 2009, 2021), han sido incluidas en lo que ha dado en llamarse el Ciclo del Salitre. Sin embargo, y sin desconocer el aporte que significa el estudio de las obras literarias que se ocupan de huelgas y matanzas en Chile, no existe hasta ahora, como señalé

al comienzo, un estudio panorámico y sistemático que se haga cargo de la colectividad de estas obras literarias.

Por lo tanto, en esta cartografía se sitúa como punto de inicio la noción de *Proyectos Estético-Políticos*, que delimita, de modo general, una perspectiva de estudio y un espacio para organizar y abordar el corpus de manera amplia. Con esta denominación entendemos que cada novela —y agrupadas, sin duda— propone un modo particular de acercarse al acontecimiento histórico, a saber, bajo una estética trágica, elegíaca, memorial, transgresora, violenta, etc. Dicha forma estética coexiste con un proyecto político, si entendemos por político —mediante Subercaseaux (2011)— aquellos “proyectos y practicas sociales, cuyo contenido específico es la lucha por dar dirección a la realidad en el marco de opciones diversas [...] y deviene, por lo tanto, un lugar desde donde se construye la historia”. En ese marco los conceptos de *historia/trauma* y *memoria/violencia* adquieren virtualidad y se pueden dividir en dos grupos. Aquellas publicadas entre la década del cuarenta y del sesenta, previo a la dictadura, y que están envueltas bajo el manto de la estética del realismo social. Y las novelas escritas a partir de 1974 (*Actas de Marusia*) y hasta la segunda década del siglo xx, en el periodo entendido de dictadura y posdictadura, cuya propuesta estética es diversa, disímil y fragmentaria.

El primer grupo de novelas corresponde a aquellas que se escriben al alero de la generación del 38 bajo la estética del realismo social. Dicha tendencia me permite establecer un punto inicial en el que los escritores vuelven la mirada hacia una historia cercana y funesta, las matanzas y masacres, pero en la que se vislumbran utopías sociales o aires de transformación. Pues, bajo la periodización que realiza Bernardo Subercaseaux (2015), a propósito del tiempo histórico nacional, es posible advertir que estos escritores se insertan en un periodo de transformación de la sociedad que se extiende entre 1930 y 1973 (los periodos que propone Subercaseaux son fundación, integración, transformación y globalización). Por lo tanto, estas novelas se transforman en *archivos* que nutren y coadyuvan a cristalizar un proyecto político en ciernes. Un ejemplo de ello bien puede ser la novela *Hijo del Salitre* de Volodia Teitelboim en la que se propone un tipo de texto al modelo de la *bildungsroman* o novela de aprendizaje, pero de carácter proletario, en la que el personaje central, Elías Lafferte, adquiere una conciencia social y política posterior a la matanza, que le sirve de

shock para despertar y reconocer el aspecto más crudo de la realidad. Este aprendizaje y despertar lo habilita para liderar una transformación de la sociedad. Resulta necesario, entonces, releer esta generación, analizando su estética en diálogo con su contexto y restándole, de ese modo, los prejuicios que ciertos críticos literarios (Rama, 2008, Goic, 2009, Aínsa, 2016), anteponen en la lectura de esta generación. Dicho lo anterior, es de gran trascendencia tomar en consideración el campo literario, cultural y político en el que se insertan los escritores que publican sus obras a mediados del siglo xx. En las novelas de las masacres y las matanzas, que son publicadas entre 1942 y 1956, se recupera el impacto directo —la herida abierta y el trauma— y la influencia que tienen, principalmente, las masacres sobre la conciencia de jóvenes que, después de las matanzas, conformarán la generación neorrealista. Convengamos en que las matanzas a las que se aluden en las diez novelas de este primer grupo acontecen entre 1907 y 1938, mismo año en el que se fragua esta generación. La presencia de las matanzas es manifiesta en el horizonte de los escritores neorrealistas y así lo dejan ver a través de las diez novelas que corresponden a este periodo y a través de un constante juego intertextual como sería el caso de Droguett que en su novela póstuma, *Matar a los viejos* (2001) insiste en la rememoración de estos hechos:

“Huelgas vestidas de luto que vienen desfilando desde el pasado siglo, esos cementerios que escriben y deletrean ellos con sus letras deletéreas y que se llaman, dicen que se llaman, dicen que se llamaron, gritan que se siguen llamando, escuela Santa María de Iquique, La Coruña, San Gregorio, Lago Buenos Aires, Magallanes, Valparaíso, Ránquil, Seguro Obrero, 11 de setiembre” (Droguett, 2001, p. 327).

Uno de los aspectos relevante para el estudio de estas novelas es entender que este grupo manifestaba abiertamente un compromiso social en su quehacer, lo que no estará exento de críticas, como ya lo advertimos. A muy grandes rasgos, se puede decir que las críticas referidas guardan relación con una visión sesgada que ve en estos escritores, y sus novelas, únicamente una preocupación por lo que se ha denominado “alegato político”, “denuncia social” o, directamente, por considerarse que sus textos son de índole panfletario, que privilegian el contenido antes que lo “específicamente literario”. Este es un debate que, tempranamente advierte Walter

Benjamin –1933– para el caso europeo, ha “discurrido estérilmente” hasta la actualidad y, como veremos, no parece ser distinto en el caso de Chile. Desde una lectura minuciosa sería posible reconocer en cada uno de los textos la construcción de un mundo ficcional autónomo que, sin dejar de lado un compromiso por parte de los escritores, pone en escena complejidades desde la perspectiva del subalterno y desde una historia que parece sesgada, pero con una evidente disposición artística y literaria. En esa misma línea, e intentando superar la esterilidad del debate, considero que los textos a los que se alude, aquellos que pertenecen al primer grupo señalado en el párrafo anterior, en efecto mantienen una voluntad de crítica o denuncia social, sin embargo, al decir de Walter Benjamin, “solo podrían funcionar políticamente si literariamente también funcionan” (Benjamin, 2018, p. 102). Dicho en otras palabras, la voluntad política de los textos no le resta, ni obtura, su calidad literaria ya que ambas dimensiones bajo la estética del realismo social estarían “interconectadas” y solo de ese modo lograrían trascender.

El segundo grupo de novelas está situado en el periodo de la dictadura y posdictadura chilena. Este antecedente es relevante para comprender que la mirada hacia las matanzas adquiere nuevas significaciones y que están atravesadas por los conceptos de *historia*, *memoria* y *violencia* (como en el grupo anterior lo fuera primordialmente *historia*, *herida* y *trauma*). En primer lugar, las utopías sociales se han desmoronado, han sido destruidas, y, en medio de un apagón cultural producto del régimen militar, la evocación de las masacres por parte de la literatura tendrá un componente simbólico que será trascendente para comprender el pasado, al que vuelven las novelas, y el presente que se expande en las décadas del setenta y del ochenta. En este contexto tiene relevancia, en primer lugar, el ciclo de actas de Patricio Manns (*Actas de Marusia*, *Actas del Alto Bío-Bío* y *Actas de Muerteputa*) que abordan las matanzas como símbolo de la muerte y la sangre que entonces se está derramando en el periodo dictatorial y se plantea un símil con aquella sangre que se derramó en el norte y en el sur de Chile en la primera década del siglo xx. Bajo una estética trágica, las mencionadas novelas del corpus vuelven a las masacres y se sitúan también en la dictadura, pero además ponen en marcha, por medio del entramado ficcional, un discurso de organización colectiva y alzamiento, como ocurriera en los acontecimientos de Marusia o de Ránquil (*Actas de Marusia*,

Actas del Alto Bío-Bío), que deja traslucir un discurso y un sentir latente. Este discurso, plagado de simbolismo, pretende articular una conciencia en medio del horroroso Chile de la dictadura.

Por otra parte, en este segundo grupo de novelas, están aquellas que cronológicamente se ubican en la posdictadura. Estas narrativas tienen un carácter disímil y sus propuestas son de diversa índole. Sin embargo, el horizonte de expectativas que expresan tiene relación con la memoria histórica y con las diversas formas que adquiere la violencia. Estas novelas, entre las cuales se encuentran *Mapocho* (2002), *Santa María de las flores negras* (2002) o *Carne y Jacintos* (2010), se sitúan y problematizan, ahora, tres momentos históricos: a saber, las matanzas de principios del siglo xx, el periodo dictatorial y el presente de enunciación, es decir la posdictadura. Bien queda reflejado, por ejemplo, en la novela de Antonio Gil en la que reescribe el mitin y matanza de la carne en 1905: “Los tiros de gracia dados con las Browning a los moribundos iban poniendo, como de costumbre, los puntos y las comas a la cruda y secreta escritura de la Historia de Chile. Esa que quedó manchando el cuaderno de Bravo, *la misma que ahora ojeamos a la luz de otro siglo*” (Cursiva nuestra) (Gil, 2010, p. 187). Como vemos, la virtualidad en las novelas es mayor, la perspectiva para ficcionalizar la historia es mucho más amplia que las novelas que les preceden y la estética que adoptan estos textos del siglo xxi —la mayoría al menos— responde a una elaboración literaria de mayor complejidad, en tanto que se desvinculan de la escritura mimética del realismo y adoptan las nuevas tendencias literarias que desde finales del siglo xx irrumpieron en la narrativa hispanoamericana. Ya no es el proletario el centro de la ficción, como lo fuera en la mayoría de las narrativas de matanzas en el marco del realismo social, sino que existe un mediador que va en busca de una historia casi siempre oculta. Es el caso del profesor de historia José Segundo Leiva en *Memorial de la noche* (1998) cuya historia es revelada por la figura de un periodista que va a recoger la memoria oral de la Matanza Ránquil, del reportero Justo Bravo en *Carne y Jacintos* (2010) que en su máquina de escribir deja registro de la matanza de 1905 y cuyos documentos son descubiertos por el narrador de la novela en una visita al Palacio de la Moneda en 2008, o la voz narrativa que evoca la matanza en *Santa María de las flores negras* (2002) y que esboza comentarios desde su posición histórica en el despunte del siglo xxi. Por otro lado, en una propuesta de mayor complejidad y

simbolismo, adquiere relevancia el personaje Pablo, en *Matar a los viejos*, que ha muerto y resucitado un par de veces y que asiste, en un Santiago distópico que arde en llamas, al tribunal histórico de ciertos personajes de la historia de América y de Chile entre los cuales se encuentran los presidentes y generales que fueron responsables de las matanzas, todo ello en un futuro de difícil reconocimiento. O la Rucía, en *Mapocho*, que está muerta y que presenta una historia de Chile bañada en sangre y un río Mapocho que se vuelve vertedero de los muertos.

Cabe señalar que estas últimas narrativas son sugerentes y generan redes de sentido, a partir de la referencia a las matanzas, para comprender el Chile de la segunda mitad del siglo xx. Si a comienzos del siglo xx, según recoge Gabriel Salazar (2012), se preguntaban los oligarcas “¿qué hacer con la masa rebelde que estaba alzando su voz? ¿Disciplinarlos, ya no con la escuela, la iglesia y la policía, sino con el mismo Ejército de la Patria? ¿Masacrarlos?” Pues la respuesta en este corpus de novelas es elocuente y la cartografía, actualmente en construcción, permite reconocer las redes de sentido que se generan al estudiarlas como un corpus nacional o como una tipología dentro de la narrativa chilena.

Como he insistido, existen ciertos conceptos que atraviesan el corpus de esta cartografía: historia, trauma, memoria y violencia. La *historia* entendida como un territorio en disputa y cuya hegemonía es reclamada por nuevos dispositivos de enunciación, que ya no se circunscriben únicamente al relato histórico y en el que la literatura, y estas novelas que representan las matanzas, proponen un nuevo sentido de decodificación del pasado, de los acontecimientos referidos y de la realidad, en miras de un presente fracturado y un futuro incierto. Dicho cuestionamiento es posible debido a la teorización del discurso histórico, y su estructura narrativa, en el siglo xx, con teóricos de la literatura, historiadores y filósofos como Robin Collingwood, Paul Veyne, Northrop Frye, Arthur Danto, Hayden White, Paul Ricoeur, Roland Barthes o Walter Benjamin, por nombrar algunos. En medio de esta discusión, además, se revitaliza el concepto de Novela histórica respecto del cual las novelas del corpus se acercan y se distancian. Es decir, gran parte de las novelas, especialmente las de mediados del siglo xx ligadas al realismo social, rompen con el modelo clásico de la novela histórica (Lukács, 1966) decimonónica para emprender un proyecto nuevo en la relación historia-literatura. Específicamente, ya no están al servicio de la

historia, ni son los grandes acontecimientos los que nutren las tramas ficcionales. Ingresan nuevos sujetos a la literatura que hasta entonces habían sido excluidos. Como en el caso de la novela *Hijo del Salitre* en la que asistiremos a la toma de conciencia y al “hacerse pampino” del personaje Elias Lafferte o a los personajes de *Ránquil. Novela de la tierra* que, desde su condición subalterna, rural e indígena, organizan una resistencia en contra de la apropiación de sus terrenos y cuyo desenlace es fatal y trágico como también lo es en *Hijo del Salitre* con la Matanza en la escuela Santa María. Al visibilizar, por ejemplo, al proletario, se reclama la presencia de estos también en el relato histórico. Respecto a la novela histórica, sin embargo, solo se han definido, desde la crítica literaria, dos momentos cruciales para esta tendencia literaria: la novela histórica tradicional en el siglo XIX y la nueva novela histórica a finales del siglo XX. En este contexto la relación entre historia y literatura, y la representación de masacres que se propone en las novelas de mediados de siglo, adolece de una revisión crítica bajo este prisma.

Por otro lado, otro grupo de novelas del corpus se pueden leer a la luz de la noción de Nueva novela histórica (Aínsa, 1991; Moreno, 1992; Menton, 1993). En este grupo la relación del texto literario con la historia toma otro rumbo, crítico y subversivo, y bajo nuevas propuestas estéticas de gran relevancia en el contexto hispanoamericano. Son textos que, desde una enunciación polifónica, desmitifican los grandes acontecimientos o los metarrelatos para dar paso a una visión crítica de la historia, la identidad y la nación. En el caso particular de las novelas de masacres y matanzas que dialogan con la noción de nueva novela histórica, se construyen bajo el concepto de violencia como eje estructural tanto de la nación como del texto y problematizan el presente a partir de la mirada que vuelcan hacia el pasado. Desarticulan la historia conocida para criticarla y proyectan un discurso del fracaso y del desencanto por medio de estéticas trágicas y críticas.

La noción de *trauma histórico* proviene de la herida abierta que dejan las masacres. Se relaciona directamente con un tipo de violencia vertical y manifiesta y con el shock que provocan estos acontecimientos históricos. Se complejiza esta noción en el estudio de las novelas de las matanzas, debido a que el tipo de violencia que es ejercido en las masacres supone una de índole extrema que rebaza las posibilidades de codificación en el lenguaje. Por lo tanto, la posibilidad de representación de las matanzas y

del trauma que provocaron quedan en un espacio de escepticismo respecto a su alcance. Sin embargo, no se trata de que *no se deban escribir novelas después de las masacres* (parafraseando a Theodor Adorno), sino que su condición extrema y catastrófica clausura la posibilidad de asir en el texto su alcance, pero a la vez abre todas las posibilidades, dentro de lo imposible, para representar, o más bien figurar, las masacres ocurridas en Chile en la primera mitad del siglo xx. Por otro lado, el *shock* que genera el hecho histórico catastrófico, y el trauma que provoca, forma en el individuo y en la colectividad un sentimiento de temor y desconfianza frente a la historia venidera, lo que es elocuente, por ejemplo, en las narrativas que vuelven sobre la masacre del Seguro Obrero en 1938. Este sentimiento se hace patente en las narrativas de mitad de siglo, pero, en algunos casos, se demuestran atisbos de esperanza y cambio, a diferencia de las narrativas del siglo xxi, en las que el trauma no es la substancia, sino el desencanto histórico, la memoria y la violencia en sus diversas dimensiones.

La noción de *violencia* (extrema) es amplia y nos revela que esta se puede manifestar de distintas maneras y bajo diversas perspectivas. En primera instancia la violencia vertical que es la que ocurre en el enfrentamiento que durante las huelgas y las matanzas tiene lugar, la que, a su vez, deviene en lo que Karl Kohut (2002) entiende como violencia estatal y violencia de resistencia. Estos dos tipos de violencia, estatal y de resistencia, parecen establecer límites más o menos claros y representativos de las instituciones o las situaciones en las que se ejercen. La estatal a manos del ejército que quiere hacer claudicar las huelgas y termina silenciado a los huelguistas por medio de las matanzas. Este tipo de violencia, leído por Walter Benjamin (2017), se puede entender también como violencia conservadora, monopolizada por el Estado que pretende “conservar” un estado de cosas. Incluso el derecho a huelga sería una imagen ilusoria de libertad en la que el Estado establece un marco legal para el desarrollo de una manifestación y que —según añade Benjamin— es la única figura a la que se le otorga un derecho a la violencia por parte del Estado. Se asume, claro, la huelga como una instancia violenta en la medida que irrumpe una “armonía” o forma establecida en que se desenvuelve un sistema. Pero cuando el Estado define que se ha desbordado el marco del derecho a huelga, hace uso de la violencia estatal, conservadora, y en ello los desenlaces de todas las huelgas terminan en masacres. Por lo tanto, resulta paradójico el derecho a huelga

que otorga el Estado ya que a este le subyace un interés que, de ningún modo, se relaciona con otorgar mayor derecho a los trabajadores. Se trata, más bien —en palabras de Carlos Pérez—, de “generar un marco legal para distinguir las huelgas que reivindican demandas económicas negociables y sancionar el desborde de una huelga general con reivindicaciones revolucionarias” (2016, p. 84). En este contexto emerge, también, la violencia de resistencia, visible en las novelas *Actas de Marusia* y *Actas del Alto Bío-Bío*, que se generaría a partir de una respuesta por parte de los huelguistas que van a morir. Después de las huelgas y matanzas emerge el concepto de violencia vertical, que es congénito al de violencia horizontal. Ya no es el enfrentamiento directo, sino que, por un lado, el retorno al trabajo revela un tipo de violencia simbólica en tanto que se han silenciado a cientos o miles de personas y el estado de cosas se mantiene. Esta violencia vertical se expande y adquiere nuevas formas de ejercer el poder y de ello se da cuenta de modo esquemático en las novelas del siglo XXI en las que se revelan que no necesariamente existe un enfrentamiento para evidenciar un tipo de violencia en contra de una parte de la población.

Finalmente, la idea de *memoria* se encuentra presente en el corpus y la problematizamos conforme al horizonte de expectativa que revela cada novela. No cabe duda de que *el deber de memoria* —parafraseando el libro de Primo Levi (2006)— es patente, necesario y efectivo frente a hechos traumáticos que han dejado una herida abierta y una cicatriz. Pero para el teórico Tzvetan Todorov (2018) la memoria estaría amenazada “ya no por la supresión de información sino por su sobreabundancia”, la que, de modo paradójico, habría surgido del “gran prestigio y legitimidad” que adquirió en el siglo XX en su forma de discurso contrahegemónico. De cualquier modo, la sobreabundancia no es de suyo un problema, el problema es la lucha que emerge por la custodia de la memoria. Entendemos que memoria y olvido son parte de un mismo proceso. Cualquier tipo de memoria ha dejado olvidos en el camino. Lo recordado, por su parte, siempre tiene un interés de presente (¿y de porvenir?), a lo que Todorov se refiere como “recuperación” y posterior “utilización”. Si acaso Silva Renard y el Estado —para el caso de la Matanza de Santa María— señalaban que los muertos habían sido una cantidad mínima y las razones para matarlos eran justificadas, seguramente esa memoria llevaba consigo, valga el contrasentido, un interés de olvido, de no repercusión, de no trascendencia, del hecho.

Por el contrario, la memoria popular (si se le puede llamar así) o no oficial emerge con un afán develatorio. El asunto es que la simple rememoración no enuncia ni lleva consigo necesariamente su uso, aunque frente a hechos traumáticos, como en los que aquí nos enfocamos, la memoria parece ser siempre un deber. De todas maneras, es pertinente detenerse en el uso que de esta se hace cuando se trata de la memoria traumática. La memoria como abuso parece encontrar su punto más crítico en lo que puede llamarse un “culto a la memoria”. Son espacios en que la memoria queda retenida debido a que no pudo existir un proceso de duelo, lo que puede traer una “conmemoración obsesiva del pasado” que involuntariamente reprima el presente desde el que se rememora.

Todorov se pregunta si acaso existe “razón para erigir un culto a la memoria por la memoria”, pues entiende que sacralizarla es otra manera de volverla estéril: para qué repetir “ritualmente” no hay que olvidar, si acaso eso no lleva consigo “ninguna consecuencia visible” sobre la injusticia o el porvenir. Más bien el horizonte de la memoria debe ser el *para qué* o *con qué fin* la traemos al presente: ¿para qué guardar la memoria? No se trata aquí, frente a las necesidades de la memoria, de que esta no deba recuperarse, sino que, al hacerlo, el horizonte de su utilización debe ser claro (¿y pertinente?) y con ello no caer en su abuso. Señala Pedro Milos, lector de Todorov, que el principal riesgo sería “que los excesos del recordar impidan asumir las exigencias de justicias en el tiempo presente”: situación que hemos de analizar y revisar a la luz de las novelas que conforman el corpus de esta cartografía.

Bibliografía

- Aínsa, F. (1991). “La nueva novela histórica latinoamericana”. *Plural* 240, 82-85.
- Aínsa, F. (2016). “Geopoética: El espacio como signifiicante y significado en la literatura hispánica”. *Aproximaciones al espacio literario desde la toponimia y la geopoética, Salamanca*. <http://fernandoainsa1.blogspot.com/>
- Álvarez, I. (2009). *Novela y nación en el siglo XX chileno: Ficción literaria e identidad*. Ed. Universidad Alberto Hurtado.

- Barraza, E. (2015). "Texto/Nación. La novela chilena de filiación histórica (siglos XIX y XX)". En A. Kottow y S. Massmann (Eds.), *Tiempos Fundacionales. Nación, identidades y prácticas discursivas en las letras latinoamericanas*. RIL Editores Universidad Andrés Bello.
- Benjamin, W. (2017). *Letal e incruenta: Walter Benjamín y la crítica de la violencia* (P. Oyarzún R., C. Pérez López, y F. Rodríguez, Eds.). LOM Ediciones.
- Benjamin, W. (2018). "Experiencia y pobreza 1933". En *Iluminaciones* (pp. 95-101). Taurus Clásicos Radicales.
- Droguett, C. (2001). *Matar a los viejos*. LOM.
- Gil, A. (2010). *Carne y jacintos*. Sangría.
- Goic, C. (2009). *Brevísima relación de la historia de la novela hispanoamericana*. Biblioteca Nueva.
- Kohut, K. (2002). "Política, violencia y literatura". *Anuario de estudios americanos*, 59, 193-222.
- Kottow, A., y Massmann, S. (Eds.). (2015). *Tiempos fundacionales: Nación, identidades y prácticas discursivas en las letras latinoamericanas*. Ril editores.
- Levi, P. (2006). *Deber de memoria* (O. Kulesz, Trad.). Libros del Zorzal.
- Lukács, G. (1966). *La Novela Histórica*. Ediciones Era.
- Menton, S. (1993). *La nueva novela histórica de la América Latina 1979-1992*. Fondo de Cultura Económica.
- Moreno, F. (1992). "La historia recurrente y los nuevos cronistas de Indias. (Sobre una modalidad de la novela hispanoamericana actual)". *Acta Literaria*, 151-157.
- Ostria, M. (2005). "Hacerse Pampino". *Anales de Literatura Chilena*, 6, 97-107.
- Pérez López, C. (2016). *La huelga general como problema filosófico: Walter Benjamin y Georges Sorel*. Ediciones Metales Pesados.
- Rama, Á. (2008). *La novela en América Latina: Panoramas 1920 - 1980*. Ed. Univ. Alberto Hurtado.
- Salazar, G. (2012). *Movimientos sociales en Chile: Trayectoria histórica y proyección política*. Uqbar Editores.
- Subercaseaux, B. (2011). *Historia de las ideas y de la cultura en Chile: Desde la Independencia al Bicentenario*. Volumen 1. Universitaria.

- Subercaseaux, B. (2015). "Modernidad decimonónica: Un imaginario en movimiento. El siglo XIX ya no es el siglo pasado". En *Tiempos Fundacionales. Nación, identidades y prácticas discursivas en las letras latinoamericanas* (pp. 23-33). RIL Editores Universidad Andrés Bello.
- Todorov, T. (2018). *Los abusos de la memoria*. Paidós.
- Vidal, C. (2017). "Del espacio histórico al espacio literario: reflexiones teóricas sobre la literatura y su relación con la historia". En *Dimensiones: el espacio y sus significados en la literatura hispánica* (pp. 225-234). Biblioteca Nueva.
- Vidal, C. (2017). "La huelga general proletaria: un camino hacia el verdadero estado de excepción (discusiones teóricas)". *Cadernos Walter Benjamin*, 19, 92-106.
- Vidal, C. (2021). "Posibilidades del perdón: 'archivo' y representación literaria de una masacre de obreros, 1907. *Logos (La Serena)*, 31(2), 286-300.
- Vidal, C. (2022). *Matanzas Fundacionales. Huelgas y masacres de obreros en la novela histórica hispanoamericana*. Santiago: Ediciones Universitarias.
- Viu, A. (2007). *Imaginar el pasado, decir el presente: La novela histórica chilena (1985-2003)*. RIL Editores: Universidad Adolfo Ibáñez.